

**VIATE PARA
EMPLUMARSE
LA CABEZA**



GUILLERMO MORÁN CADENA

ilustraciones por **DIAYLO BERDE**



Morán Cadena, Guillermo

Aventura para emplumarse la cabeza / Guillermo Morán -

Primera edición. Quito: Caja Oblonga, 2019.

44 páginas; 148 x 210 mm

caja oblonga / narrativa

Editores: Francisco Valdivieso y Ana Rosa Valdez

Portada e ilustraciones: Francisco Valdivieso

© Caja Oblonga editores. 2019

Reina Victoria N21-141 y Ramón Roca. Edificio Proinco.

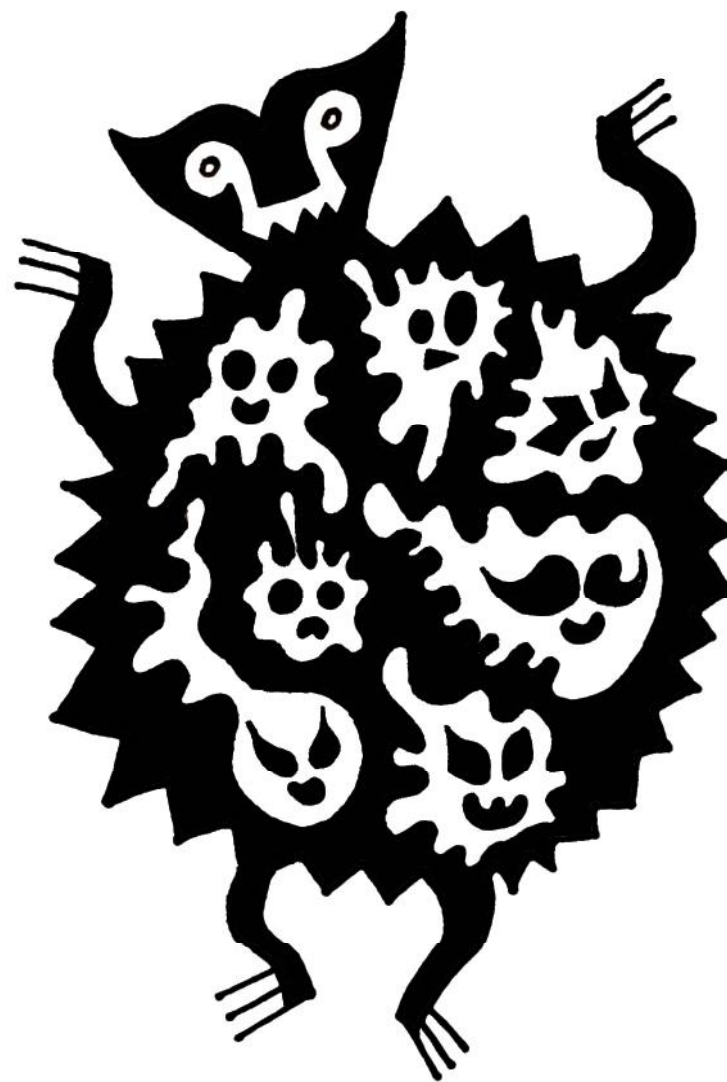
Todos los derechos reservados.

*A la nacionalidad Sapara
del Ecuador: los pasos del
Tsitsanu dejan huellas de
jaguar en estas páginas.*

Tengo una sabiduría que me hace poderoso. Siempre estoy un paso delante del enemigo, y entre mis amigos están los ancestros. Siete espíritus diferentes viven en mí, cada uno en una parte diferente de mi cuerpo. En mi bolso tengo un águila, un jaguar y un cocodrilo que me llevan por toda la selva. Las mujeres abundaron en mi vida, como sacar una red llena de peces, pero solo he amado a una que ya no está. Soñando hablo con los espíritus de la selva, también con las montañas, los ríos. Puedo viajar a cualquier lado siempre y cuando los espíritus hayan abierto los caminos. Yo mismo he labrado algunos para toparme con amigos de Estados Unidos, Europa, África... nadie ha hecho algo así. Pero ya no soy joven. Ya no soy tan fuerte ni tan ágil. Sumerjo la red en el río y no sale ni un cangrejo. Los sueños, desde que vivo en la ciudad, huyen de mí. Pero aún voy un paso delante de mis enemigos y entre mis amigos están los ancestros. Siete espíritus viven en mí y ellos me dan vida y yo se la doy a ellos.

Vine a contar mi historia. Tengo muchas, pero me dijeron que tengo poco tiempo. En la ciudad a la gente le gusta medir el tiempo como si fuera granos. Granito a granito. Eso a mí me cuesta entender. Para el cazador el tiempo es uno, para la presa, es otro. Para los espíritus... ¡Cada espíritu tiene su tiempo! Y también el tiempo tiene su espíritu. El espíritu del tiempo es el chircaspi. Es una planta que nosotros conocemos muy bien. En la selva crece por todos lados, y nosotros también la cultivamos. Mi cuñado César tiene mucho fuera de su casa, es un gran cazador. El chircaspi también es la planta del cazador. Pero de eso no voy a hablar ahora, si no más tarde. Si es que el tiempo, granito a granito, me alcanza.

Quiero contar la historia de cómo me volví un ser poderoso. Mis ancestros saben que no miento: Todo empezó gracias al amor. Cuando era un jovencito, ya del tamaño que tengo ahora, pero flaco, bien flaco, conocí a Sisaina, nube rosada viajera de la noche. Su familia, igual que la nuestra, viajaba por la selva todo el tiempo. Nunca se quedaban en un sitio, porque siempre íbamos donde había más energía. En la selva, la energía se mueve todo el tiempo, y por eso, ahora que las comunidades se han afincado, ya no tienen el mismo poder. Yo mismo ya no tengo el mismo poder: la red vacía, los enemigos más cerca, los sueños grises.



Nosotros vivíamos en Wantukpunku, una comunidad que ya no existe. Mi papá quería que vayamos a la escuela de los curas, que aprendamos a leer y a escribir. El conocimiento de los blancos. A Sisaina le pasó igual. Su padre quería que su hija sepa defenderse de los colonos con sus propias armas. El problema es que él, el sabio Imatiña, no me quería. Mi hermano Kaje me dijo que, si quería conquistar el corazón de mi amada, debía impresionar a su padre. Y yo me dije: ¿para qué soy bueno? Pues para cazar. Entonces un día fui con mi bodoquera a su casa. Diez monos voy a traer, Imatiña, para que veas que soy un cazador experto. El viejo altanero me contestó: ¿Diez? Yo solo quiero que consigas uno, ese mono gordo que está allí. ¡Demuéstrame que no eres un inútil, Sawyeraw! Tengo que admitir que no veía a ese mono que me decía, que estaba supuestamente en la copa del árbol más alto de la comunidad. Un árbol altísimo. Saqué mi bodoquera, que ya estaba preparada, y me quedé algunos minutos buscando a ese mono gordo, pero no lo veía. Imatiña se reía, y yo pensé que me estaba engañando, hasta que de pronto lo vi. Sin pensarlo soplé con todas mis fuerzas. Amigos, el poderoso Imatiña me había engañado, porque cuando soplé, en lugar de salir el dardo que había preparado, lo único que escapó de mi bodoquera fue una pequeña flor amarilla que sa-

lió disparada hacia arriba y luego cayó como un copo de nieve de los que caen aquí. Imatiña se rio tan duro que casi espanta al mono. Así se hace, pequeño inútil, me dijo mientras sacaba su hermosa bodoquera. Ese rato me di cuenta de su poder. El dardo que usó el apayaya se convirtió en un águila harpía que abrió sus alas enormes, de verdad enormes. El águila fue y cazó al mono, que enseguida lo trajo donde nosotros. Luego el dardo volvió a la normalidad. Imatiña le ofreció a su hija el mono y yo quedé en ridículo.

Yo le decía a Sisaina: Sisaina mía, por qué no nos vamos a vivir lejos de aquí. ¡Vámonos bien lejos! Ella me decía que si huíamos, su padre nos encontraría y nos separaría para siempre. Que si quería conquistarla, debía conquistar primero a su padre. ¿Y cómo se conquista un sabio de la selva? Eso era algo que no sabía. Muchas cosas no sabía.

Estuve practicando puntería con la bodoquera, pero solo salían flores. Ya no servía: estaba encantada. ¡Maldito viejo! Decía cada vez que me acordaba, y mi mal humor espantaba a la gente. Acosaba a Kaje con mis preguntas: ¿cómo supero a este viejo? ¿qué hago para deshacerme de él? Mi hermano me dijo que en lugar de estar adivinando qué es lo que quiere, que vaya y le pregunte. Eso hice. Fui y le dije: Anciano, quiero que tu hija sea mi mujer. ¿Qué puedo hacer para que me la entregues? El vie-

jo se sacó su corona de plumas y me dijo: Cuando tengas una corona como ésta, mi hija va a ser tuya. Fui desanimado donde Kaje y le expliqué la situación: Quiere que sea un sabio igual que él ¿cómo lo voy a lograr? Pues tienes que buscar los pájaros en el bosque y hacer tu propia corona... —me dijo mi hermano, ya cansado de mis preguntas—, Sawyeraw, ¿en verdad quieres a Sisaina? En verdad la quiero, le contesté. Entonces consigue una nueva bodoquera y ponte a cazar, dijo mi hermano. Aunque él siempre estaba bromeando, nunca lo vi tan serio.

La corona de plumas de Imatiña, el más poderoso, tenía las plumas de varios animales: un águila harpía, un tucán, un guacamayo, uno que le dicen hoatzín, y la garza blanca mediana. Muchos animales. Algunos de ellos, yo lo sé, están protegidos por las leyes, pero en ese tiempo yo no sabía nada de ecología, y cazábamos todo lo que veíamos, para comer, para hacer corona de plumas, o matábamos por matar. Yo quería matar a esos pájaros por amor.

Lo primero que pensé es que la magia del viejo estaba en su hermosa bodoquera. Linda era, bien tallada, con acabados preciosos. Yo ya sabía dónde la guardaba desde la última vez que fui a visitar a mi Sisaina. Fui en la madrugada y, silencioso como un zorrillo, me metí entre sus cosas, saqué la bodoquera y ese rato me fui a la selva en busca de los

pájaros de la corona. Primero estaba bien oscuro, y aunque conocía los senderos del bosque como las arrugas de mi propia madre, mientras avanzaba, como que algo no me cuadraba. Llegué al afluyente de un río pequeño que no conocía, y solo con verlo me dieron unas ganas de cagar, disculpen la grosería, unas ganas de cagar muy fuertes. En ese tiempo era muy novato, hice lo que ningún cazador debe hacer. Dejé la bodoquera de Imatiña apoyada en el tronco de un árbol de morete para aliviar las tripas. Cuando regresé, la bodoquera ya no estaba.

Además de la bodoquera, adivinen qué más había desaparecido. Yo mismo. No tenía en mi cuerpo el espíritu del tucán para que me guíe, ni el gusano de su ojo para que me advierta de mis enemigos. En qué bosque estaba, eso tampoco sabía, porque el que rodea Wantukpunku yo lo conocía como conozco cada arruga de la cara de mi madre. Pero no podía quedarme sin hacer nada, la energía de la selva me estaba mareando. Así que seguí mi instinto y me puse a caminar. Mientras caminaba, gritaba ¡uuuu, uuuu, uuuu! que es el sonido que hacemos cuando queremos anunciar dónde estamos. La gente te responde lo mismo ¡uuuu, uuuu, uuuu! pero nadie, además de los animales escondidos, me escuchaba. Todito el día me pasé caminando, y nada. Cuando ya iba a oscurecer, seguí un sen-

dero de la montaña que apenas se veía, hasta que llegué a una cueva muy oscura. Nada veía, amigos. Me pareció que de adentro salían ruidos, como conversaciones de gente hablando otro idioma. Yo me dije: así hablan mis ancestros, y entré a la cueva. No había nadie, solo escuchaba cómo el agua corría bajo mis pies. En la oscuridad me pareció palpar en una esquina a alguien que dormía en una hamaca.

Como estaba perdido y no quería dormir en la selva, desperté a esa persona y le pregunté si hablaba el idioma de mis ancestros. Respondió con voz de vieja. Me dijo que todos saben hablar ese idioma cuando están durmiendo. También olía a vieja. Me dijo que lo mejor sería que me acueste, porque ya era muy tarde. A mí me pareció que no era tan tarde, apenas estaba anocheciendo, pero le hice caso ya que me ofreció su propia hamaca. Yo le dije que podía dormir en el suelo, pero ella me dijo que allí habían muchas serpientes, y lo mejor era que durmiéramos juntos, así que lo hice. Antes de dormir, le pregunté si conocía Wantukpunku, y me dijo que había escuchado, pero que nunca había ido. Me dijo que para regresar a mi casa debería preguntarle a un cazador experto en fabricar bodoqueras que vivía a unas horas de caminata cerca de allí. Si tuvieras un jaguar para treparte, llegarías en diez minutos, dijo la vieja. Yo no sabía que uno podía treparse en el jaguar y me



partí de la risa. Hoy tengo en mi bolso un águila, un jaguar y un cocodrilo que me llevan por toda la selva.

La vieja me explicó cómo tenía que hacer para llegar, pero luego nos quedamos en silencio. Cuando ya tenía sueño, el ruido de un mosquito empezó a fastidiarme. No me dejaba en paz. Primero traté de hacer como que nada pasaba, me dije bueno, un mosquito mejor que una serpiente. Pero cómo jodía este bicho. Le lancé un manotazo, pero no le di. Estaba tan concentrado en escuchar su ruido que no me di cuenta de que la anciana ya no estaba en la hamaca. ¿Qué le habrá pasado? Luego traté de dormir de nuevo, pero ese mosquito era como un diablo. Maldito desgraciado, dije apenas se paró en mi nariz, y ahí casi lo mato. Cuando sentí que volaba cerca de mi oreja le lancé un puñetazo, pero en lugar de darle al mosquito le di un golpe tremendo a la vieja, tan fuerte que la boté de la hamaca. ¿Qué te pasa, salvaje? Me preguntó la apamama, y yo le pedí disculpas y la subí de nuevo a la hamaca. Me dijo que me acueste a su lado, que ya me había perdonado. Y como no quería dormir en el suelo y estaba cansado, acepté. No pasaron ni diez minutos que otra vez estaba solo en la oscuridad y la vieja había desaparecido. De nuevo apareció el zumbido del mosquito. Oye, ¿qué será que sólo cuando esta vieja desaparece el bicho empieza a joder? me

pregunté. Preferí quedarme dormido y no hacerme más preguntas. ¡Chúpame la sangre maldita vieja!

Al principio no entendía por qué carajos, disculpen la expresión, no amanecía, pero luego me dije ¡pero qué tontería, si estoy dentro de una cueva! Le grité a la vieja para ver si estaba cerca, pero no respondió. Cuando salí me di cuenta que todavía era temprano. Si avanzaba rápido, seguro llegaba pronto donde el experto tallador de bodoqueras. Seguí las recomendaciones de la vieja y, luego de unas horas de caminata, encontré el río que me había señalado. Lo que más me sorprendió fue que, en la orilla, había muchísimas garzas blancas. ¡Ah, si solo tuviera mi bodoquera, una lanza, o mejor una escopeta! Estaba tan emocionado que ni siquiera se me pasó por la cabeza que no había comido el día anterior. A mí lo que me importaba era desplumar uno de esos animales para hacer mi corona y así ser aceptado por el viejo y quedarme con mi Sisaina. Estaba desesperado, no quería desperdiciar mi oportunidad, pero si me acercaba demasiado, saldrían todas volando. Mientras buscaba cualquier cosa útil a mi alrededor que pudiera servirme de arma, una piedrita aunque sea, noté un sonido muy extraño entre las garzas. Fue ahí que supe que los dioses estaban de mi lado. Una de ellas empezó como a toser y a revolcarse en la orilla del río. Se paraba y se sen-

taba, parecía que se ahogaba. Yo tomé una piedra para ver si le daba en la cabeza, pero fue por gusto, porque cuando me acerqué a las garzas se dieron cuenta y salieron volando. Todas menos la que estaba ahogándose, solita dejó de respirar. Iba a desplumarla cuando vi que por el río bajaba un hombre. ¡Uuuuuu! grité, para que no se fuera sin verme, pero él no gritó como lo hacen en mi comunidad, sino diciendo como ¡Aoooo! Me preguntó si había cazado la garza. Le dije que no, pero que sí pensaba comérmela. Esa garza es mía, contestó, y me la quitó sin que me dé cuenta. Le dije: Buen hombre, déjame sin comer si quieres, qué más da. A mí solo me interesan esas plumas, si no me las entregas te costará muy caro. Después de eso se rió haciendo unos sonidos como de víbora enferma. Yo pensé que estaba haciendo alguna hechicería y me puse en guardia. Él siguió tranquilo, como si no me tuviera miedo, y empezó a desplumar al pájaro frente a mí.

Quédate con las plumas jovencito, con la carne si quieres, yo tengo harta comida. Yo quiero otra cosa, algo que esta pequeña bribona me robó. Tras decir eso le abrió el pico, le metió los dedos por la garganta y sacó un hueso pequeñito en forma de tubo. Mira este hueso de lumucuchi, ¿lindo no? Me extendió ese hueso con la palma abierta. No entendía cómo ese hueso, en forma de un tubo

pequeñito, le podía parecer hermoso. Esta garza me lo robó en la mañana, y por ladrona se atragantó y se murió. Voy a hacer con esto una hermosa bodoquera, dijo luego de limpiar el hueso con agua del río. Ahí sí entendí todo. Le expliqué que yo necesitaba esa hermosa bodoquera, que quería convertirme en el mejor cazador para conquistar a Sisaina. Me empujó violentamente y soltó otra de sus risas de víbora envenenada. Me daría una excelente bodoquera solo si le ayudaba con algo.

La misión era trepar a una montaña alta donde estaban las mejores palmeras de chonta. Illapa, así se llamaba el hombre, no podía ir porque se había lastimado la rodilla hace mucho tiempo peleando con un brujo. “Con esa chonta puedo hacer las mejores bodoqueras”, me aclaró luego de ofrecerme un machete bien afilado. Acepté el reto y me llevó en su canoa a su casa para compartir conmigo su comida. Luego de comer me explicó el camino, y yo me marché apenas pude porque estaba impaciente por regresar con mi Sisaina y también porque ya no aguantaba la risa de ese viejo.

Iba trepando la montaña cuando me di cuenta de que en el camino había una comunidad. Me sorprendí porque Illapa, el fabricante de bodoqueras, no me dijo nada de comunidades. Pensé que estaba perdido y que lo mejor sería pedir ayuda. Anuncié

mi presencia y pronto un viejo bien flaco me recibió. Puro hueso ese hombre. Me preguntó que qué buscaba, y yo le dije que necesitaba encontrar la palmera de chonta más fuerte. El viejo sabía dónde estaba esa chonta, pero me advirtió que hoy ya no llegaría. Me ofreció quedarme la noche en su comunidad, y mañana me indicaría el camino. Como oí que estaban preparando mucha comida, dije que me quedaba. Cuando llegué a donde todos estaban comiendo, vi que había mucho humo, casi no veía la cara de las gentes. Todos estaban bien flacos, igual que el viejo, que me dijo que podía comer todo lo que quisiera. Casi ni pude decir pagrachu, que quiere decir gracias, porque antes de decir “chu” ya tenía la boca llena de una sabrosa guanta. Pero ni bien alcé la vista me di cuenta de que el humo de la parrilla casi no me dejaba ver nada. Hice un esfuerzo para ver bien y me di cuenta de que la gente de la comunidad solo estaba aspirando ese humo, sin probar bocado. Luego de hacer esto, cogían el pedazo de carne y se lo ponían en la nuca, y luego le hacían resbalar por la espalda hasta que se caía al piso. Yo estaba sorprendido, ¿qué le pasa a esta gente? me pregunté. Tal vez yo debería ser educado y hacer lo mismo, me dije a mí mismo. Pero amigos, a veces el hambre es más fuerte que la buena educación. Por eso comí hartito, no solo guanta sino también yuca, madurito, hasta que



las gentes se dieron cuenta de mi manera de comer, y empezaron a mirarme como asustados, o sorprendidos más bien. Cuando terminé, una mujer bonita, y eso que a mí no me gustan las flacas, me dijo que quería dormir conmigo en su hamaca, y otra mujer también quería. Les había gustado cómo comía. Yo elegí a la más bonita (Sisaina, ninguna es tan bonita como tú) y me fui con ella. Lo que ella quería saber es cómo hacía para comer así, si no se me llenaba la panza demasiado. Yo le dije que no, porque después cagaba, y ella me preguntó que cómo era eso de cagar. Me reí mucho porque para ella cagar era hacer lo que estaban haciendo, poner la carne en su cuello y hacerla resbalar por la espalda.

Ella quería mirar cómo cagaba y yo le expliqué que no tenía ganas, y que uno no caga así normalmente cuando quiere, pero le expliqué cómo era, y ella me dijo que en su comunidad nadie tenía ano. Yo no le creía, pero ella me enseñó, y en verdad no tenía nada ahí atrás. Entonces yo le pedí permiso para abrirle un hueco, y ella me dijo que tenía miedo, pero más que nada tenía hambre, entonces me dio permiso y le abrí un hueco ahí atrás con el machete que me dio el experto de las bodoqueras.

Al día siguiente, cuando nos levantamos a desayunar, los dos comimos como gente normal, y lo que hacíamos fue tremendo espectáculo para esas

gentes que nos miraban atentos entre el humo. Empezaron a preguntarle a la mujer que cómo había aprendido a comer así, y ella les explicó que ya tenía ano y que podía cagar normalmente. Les contó que yo le había hecho un hueco con mi machete, y ahora todos querían que les abra el hueco. Yo les dije que no tenía mucho tiempo, pero todos me suplicaron tanto que terminé por hacerles un ano a todos los de la comunidad. Me acuerdo muy bien cómo todos se pusieron en fila enseñándome las nalgas, desde los más viejos hasta los más pequeños. Cuando terminé, el anciano estaba tan agradecido que me obsequió madera de la mejor chonta, bien cortadita y también ¡una corona con plumas de hoatzín! Me dijo que era de su abuelo, que esos pájaros ya no vienen por acá, por lo que la corona era muy valiosa. Me dijo el viejo que las plumas del hoatzín son para que la gente que me quiere hacer daño no pueda verme, o para volverme demasiado apestoso cuando quieran atacarme. Yo le agradecí mucho y fui de vuelta para donde Illapa, experto en bodoqueras, con un atado grande de la mejor chonta y mi nueva corona, a la que le agregué las plumas de la garza.

Mientras iba de regreso, empezó a llover bien duro, casi no se veía el camino. Eso me retrasó porque no quería que se moje la madera, así que hice un atado con unas hojas grandes que hay en la sel-

va. Antes de llegar a la casucha de Illapa, lo vi a lo lejos. Estaba acostado en plena lluvia, boca arriba, gritando ni sé qué sonidos y moviendo las piernas y los brazos como renacuajo moribundo. Qué es que te pasa hombre, le pregunté. ¡Ay! ¡Me duele la panza! ¡Ayúdame Sawyeraw, necesito que me traigas una plantita ahora mismo! Hacía un escándalo que ni se imaginan. Tuve que gritarle que bueno, que le iba a ayudar. Entonces se levantó del lodo y me miró contento. Amigo, mira, hay una planta que crece siguiendo el curso del río, a una hora más o menos. Es justo a lado de una piedra donde los loros comen sal. ¡Anda, no te pierdas! ¡A una hora por el curso del río, no te trepes por la montaña, solo anda en contra de la corriente! Luego de decir eso se acostó y siguió actuando como renacuajo.

Pasó una media hora y por fin terminó de llover. Iba maldiciendo al viejo, se está aprovechando de mí para no hacer nada, me decía a mí mismo. Bueno, al menos luego de esto me ayudará a construir la mejor bodoquera, una que no saque florecitas. Pasó la hora que dijo Illapa y por fin pude ver la piedra. Me acuerdo muy bien que cuando salió el sol todo brillaba, esa piedra, las plantas, el río. Se veía muy hermoso ese lugar, era una playita que daba a esa piedra grande y los loros de muchos colores estaban ahí comiendo la sal de las piedras.

Mientras iba pensando en cómo podría quedarme con un lorito para mi corona, vi que a lado de la playita había una canoa abandonada boca abajo. Me dije a mí mismo que si esa canoa estaba ahí pudriéndose, yo la podría usar para bajar más rápido donde Illapa. Me acerqué para examinarla y me di cuenta de que alguien estaba debajo. Viré la canoa para ver quién era. No lo reconocí, tenía las piernas y la cara pintadas de rojo. Era un no contactado. En ese tiempo no les decíamos así, en Wantukpunku les decíamos los aucas. Todos sabemos que los no contactados son los más fuertes de la selva, ellos saben seguir la energía de la selva, en dos pasos caminan kilómetros, se transforman en jaguares para cazar. Me dio un poco de miedo, tengo que confesar. Parecía muerto. Me acerqué a escuchar su respiración. Casi no respiraba, pero seguía vivo.

Le aplasté el pecho para que respire normalmente. Allí abrió los ojos como fiera, me tomó de los brazos y me lanzó lejos, pero bien lejos. Como si diera un salto de aquí al final del auditorio... volé como pájaro. Cuando me levanté, quise salir corriendo hacia el otro lado, pero él ya estaba delante de mí. Me puso la mano en el hombro y yo me quedé paralizado. No me podía mover, como cuando el jaguar ruge y paraliza a la presa con su sonido. Y ahí fue cuando las plumas del hoatzín me ayudaron,

porque pronto empecé a apestar y el hombre se separó de mí haciendo cara de asco. Se quedó pensando un rato y me preguntó: kan, wambik? Que es como que me preguntó si no era médico. Yo le dije que solo le ayudé a respirar. Como no me entendió hice el gesto de meter y sacar aire de los pulmones.

Pagrachu, dijo. Yo le dije que no hice nada, solo le quité de encima la canoa. Él no sabía hablar mi idioma, que es el idioma de las misiones. Solo pocas palabras sabía. Lo que entendí es que estaba viajando con su espíritu por la selva, y mientras dormía, alguien le puso la canoa encima para que su alma no pueda regresar al cuerpo. “Un shímanu malo”. Luego me tomó del brazo y me llevó hasta la piedra con los loros. Él le dio un puñetazo a la piedra y un loro cayó muerto mientras que los otros salieron volando. Sacó las plumas del loro y empezó a ponerlas en mi corona. “Para volar en sueño. Tú, amigo”, me dijo, y yo le dije pagrachu. Luego dio un salto bien largo y se perdió entre la maleza.

Estaba tan contento que casi regreso donde Illapa sin llevarle las flores por las que fui. No fue difícil encontrarlas, crecían cerca de la piedra grande. Tomé algunas y luego probé la canoa para ver si es que flotaba, y estaba bien. Entonces fui en busca de un pindo, que es lo que usamos nosotros para impulsarnos en los ríos poco profundos, y luego

bajé con la corriente para la casa de Illapa. Él seguía muy adolorido, pero estaba despierto. Antes de que anochezca preparé la planta siguiendo sus instrucciones y se la di de beber. Nos fuimos a dormir temprano. De madrugada escuchamos unos ruidos afuera de su casa. Yo me iba a levantar para ver quién era, pero Illapa me puso la mano en el pecho. Espera, me dijo, y luego hizo un gesto para decirme que no haga ruido. Una flecha se clavó en la pared de la casa. Después de eso sólo hubo silencio.

Antes de despertarme tuve un sueño. Era Sisaina, que estaba lanzando piedritas contra el río, mientras que un incendio se veía a lo lejos. Me dijo que era nuestra comunidad, que unos invasores están destruyendo todo porque están buscando la sangre de la tierra. ¿La sangre de la tierra? Le pregunté. Ella solo lloraba y lloraba. Me fui hacia donde estaba ese resplandor del incendio. Escuchaba como un canto de todas las plantas a mi alrededor. Entonces vi unas llamas altísimas que llegaban hasta las nubes y pronto el río empezó a hacerse negro. No pude llegar hasta allá.

Cuando me desperté al día siguiente, Illapa ya no estaba a mi lado. Salí de la cabaña y vi que él estaba terminando de hacer dos bodoqueras, a lado de una olla hirviendo. Me quedé sorprendido al ver su calidad. Hermosas, mejores que la del

padre de Sisaina. Le pregunté a Illapa que cuál era la mía. Me dijo: Ninguna. Son demasiado buenas estas bodoqueras para un inexperto como tú, y se rió con esa risa de animal moribundo que siempre tiene. Debí dejar que te mueras para no escuchar esa horrible risa, le dije. ¡Ahora dame mi bodoquera! le grité muy enojado. Si no sabes controlar el tiempo, no vas a ser un buen cazador, me contestó. Si no sabes hablar con los espíritus, no vas a poder cazar como los ancestros. Yo te voy a enseñar.

Ya sabía a lo que se refería Illapa, porque mi padre me había hablado del mundo de los espíritus. A ese mundo uno llega a través de los sueños, cuando se toma la ayawaska o el wantuk. Si eres un verdadero sabio, me explicó Illapa, no vas a necesitar nada de eso para hablar con los espíritus. Además, ahora que tienes como enemigo a los aucas, tienes que ser más fuerte para que no te maten. ¡Pero yo salvé a uno de ellos! ¡No pueden ser mis enemigos! Illapa me explicó que la flecha que clavaron ayer en la pared era una forma de advertencia. Por salvar a uno de ellos, me había enemistado con los que querían matarlo. Si no estás muerto es porque estabas en mi casa, y ellos a mí me respetan, me dijo muy serio.

Amigos, yo estaba aterrado. Luego de ver el poder de los no contactados, yo sabía que no podría huir a menos de que me vuelva alguien mucho más



fuerte. Yo quería correr donde mi Sisaina, más ahora que ella se había comunicado conmigo en sueños, pero sabía que no podría hacerlo hasta tener todas las plumas para salvar mi vida. Illapa me ofreció la bebida que estaba preparando: era Chiricaspi, la planta del tiempo. Me dijo que durante algún tiempo sólo podía tomar eso y no comer nada más. Además tenía otra misión, traer una planta de ayawaska, pero no cualquiera, sino una que solo un viejo sabia sabe cuidar. El buen Illapa prometió que me enseñaría a usarla y así poder acceder al mundo de los espíritus.

Antes de irme, Illapa buscó entre sus cosas y sacó unas plumas de tucán. Yo no podía creerlo amigos. Me dijo que las ponga en mi corona, que me ayudarían a sentir cuando mis enemigos se acerquen. Me puse muy contento porque estaba muy cerca de tener la corona completa. Agradece que tienes la cabeza pegada al cuerpo, me dijo Illapa, dándome golpecitos en la cabeza. El tucán tiene un gusano en el ojo que, cuando hay un peligro cerca, le muerde. El tucán en ese momento vuela bien alto, aunque no haya sentido nada: él cree en el gusano, pues. Lo mismo funciona con las plumas, me dijo el buen Illapa. Tenía que aprender a dejar que el gusano me muerda. Tenía que aprender a estar un paso adelante de mis enemigos.

Me dicen por este audífono, así como el gu-

sano del tucán me advierte que tengo un enemigo cerca, que ya mi tiempo para hablar con ustedes está por terminar. ¿Qué dicen amigos, dejamos la historia para otro día? ¿No? Ya ven señores organizadores, les dije que contando el tiempo granito a granito uno no puede contar una buena historia. No me demoro más de cinco minutos. Cuenten. Ya, gracias. Me dicen que puedo seguir contando la historia. Gracias amigos por interesarse en lo que tengo que decir.

Mientras iba hacia la comunidad donde estaba el viejo de la ayawaska, pensaba en cómo podría aguantar el hambre solo tomando chiricaspi y nada más. La recomendación de Illapa era comer apenas maduros o yuca, pero no chicha, sólo cocinadito, cuando ya no aguante más el hambre. Pero el primer día, nada. La verdad es que, caminando con mi corona de plumas y con el chiricaspi sentía que me movía mucho más ligero. Pero el camino era más largo de lo que yo pensaba, y me tomó dos días llegar. Si no hubiera adquirido todo ese poder, seguro me demoraba siquiera unos tres días. Ustedes amigos, que no son de la selva... siquiera una semana caminando sin parar. Ahora no me creen, pero si quieren acompañarme a la selva, ya van a ver.

Me esforcé mucho, pero en realidad fui lento: el viejo había muerto hace muy poco. Con esa noticia me recibieron en su comunidad. Pero eso no

era todo, la gente estaba muy preocupada porque el único nieto del líder espiritual estaba enfermo, y no quería comer nada. Como me vieron con la corona de plumas, todos me trataron como un sabio, y por eso no me dejaban ir sin curar al pequeño. Amigos, yo era nuevo en esto, ni un arañazo curaba yo. El niño lloraba y lloraba, yo lo veía, le daba vueltas, le ponía en diferentes posiciones. Y fue así, moviéndolo como si fuera un trompo, que me di cuenta de que lloraba porque tenía clavadas unas espinas en la nalga. Esas espinas yo le saqué y el niño dejó de llorar. Cuando se calmó, el pequeño me sonrió y hasta me abrazó. Toda la comunidad estaba contenta. Me ofrecieron de todo: una hamaca con mujer incluida, mucha comida (créanme hermanos, se me revolvían las tripas), pero todo tuve que decir que no porque ya no era una persona ordinaria. Les pedí, en cambio, que me lleven a donde vivía el anciano para husmear entre sus cosas. Por suerte, nadie había tocado su cabaña, y me dejaron descansar ahí.

Ahí, en esa cabaña del viejo, encontré este bolso que tengo aquí, con estos tres animales que como ven, son figuritas chiquitas. Un águila, un jaguar y un cocodrilo. Para mí eran como juguetitos, no sabía lo poderosos que pueden ser. Muchas cosas encontré, pero lo más importante es que ahí estaba cocinándose, en una olla bajo leña encendida, una preparación

de ayahuasca. No me atreví a preguntar quién estaba cocinando eso, dejé nomás eso ahí. Estuve esperando a que alguien venga a ver el preparado, pero lo que pasó es que el fuego solito se apagó. Ahora que tengo el respeto de toda la comunidad, no me culparán por beberme un poquito de eso, me dije yo mismo. Me tomé el brebaje amigos, cosa que no les recomiendo hacer así, sin un maestro, porque es medicina fuerte.

Hay muchas cosas que se pueden contar, pero hay otras para las que no estoy preparado. Esa noche conocí muchos secretos de la selva. Entendí, por ejemplo, que todo en la selva tiene espíritu. Las plantas, los ríos, los animales. Las plantas con las que se hace el veneno del dardo de la bodoquera, son personas. Uno es un gordo chiquito muy peleón, y otra es una flaca que casi no habla nada. El espíritu del chiricaspí es un hombre muy pero muy alto, y muy fuerte. Los que yo creía juguetitos en el bolso del viejo sabio, en realidad eran animales capaces de llevarme por toda la selva. Ellos me dijeron que, como su antiguo amo había muerto, ahora estarían conmigo.

Al principio yo no entendía nada, pero fue un espíritu burlón el que me ayudó a conversar con los espíritus de la selva. Era una mujer gigante, como una montaña. Ella se agachó mucho para hablar conmigo, y me preguntó si tenía miedo. Eres tan pequeñito, ¿no tienes miedo que te aplaste con mi dedo? Yo

estaba muy asustado, pero no quería que ella se dé cuenta, y le dije que no. Ella hizo como que me iba a aplastar, y yo sostuve su dedo con todas mis fuerzas, y cómo se reía esa mujer. Luego se hizo de mi tamaño. Me dijo que ella podía ser grande o pequeña, lo que ella quisiera. También me dijo que conocía a Sisaina, y me contó que ella estaba tratando de comunicarse conmigo, pero que yo no la estaba escuchando.

¿Quién te gusta más, ella o yo? Me dijo la pícarra, y de pronto su piel se puso a brillar, se hizo bien blanca y brillante, y de verdad que era una mujer hermosa. Podemos estar juntos, me dijo, y se quitó toda la ropa. Con un nudo en la garganta, le dije que nadie era más hermosa que mi Sisaina, y la mujer me contestó con un silbido, decepcionada parecía, pero solo me estaba molestando. Bueno, ya que no puedo conquistarte, al menos tienes que aprender que aquí, donde estamos, es el mundo de los espíritus. Donde tú vayas, tienes que soñar, y entonces podrás conversar conmigo y con los demás. También me dijo que la selva está en peligro, que la única forma de salvarla es logrando que todos los espíritus se unan, y que la gente de la selva vuelva a soñar como los antiguos.

Esas cosas yo aprendí amigos míos, eso y mucho más. El espíritu que me enseñó todo eso tiene un nombre secreto, y hasta ahora me acompaña y me aconseja sobre lo que tengo que hacer. Hasta acá



no puede venir, es muy lejos y muy cansado para ella. Ustedes, si se preparan, también pueden convertirse en buenos soñadores. Mi amiga que me trajo hasta este país es una buena soñadora, y es blanca como ustedes. Yo mismo he abierto algunos caminos de sueños para toparme con amigos de Estados Unidos, Europa, África, nadie en mi familia ha hecho algo así antes. Ahora los soñadores nos conectamos gracias a una ciudad que estamos construyendo con otros sabios de la Amazonía, pero ese no es el tema de hoy.

Antes de despertarme, el espíritu me preguntó si ya tenía todo lo que necesitaba. Le dije que tenía que ir lo más rápido posible donde mi Sisaina, ir volando. Ella me dijo que sabe que yo tengo enemigos, muchos enemigos, y que lo mejor sería que no vuele, porque me pueden herir en el aire, sino que vaya por tierra, ella me iba a mandar un guía en la mañana.

En verdad amigos, cuando me desperté yo ya era otra persona. Me había convertido en un hombre sabio. La selva me enseñó todo lo que necesitaba saber. Los espíritus de las aves y de las plantas estaban en mí. Cuando salí de la comunidad, todos me trataron con respeto. Me ofrecieron quedarme, pero yo les dije que tenía una misión importante. Por donde amanecía, apareció entonces la señal que el espíritu me había dejado. Un águila harpía sumak, hermosa, volaba alto entre las nubes, muy pero muy alto, y se

movía de una forma que yo no había visto nunca. Como que golpeaba sus alas inmensas en el cielo y a partir de allí caían sus plumas. Me dejó un rastro con sus plumas, que yo iba cogiendo una a una mientras avanzaba a toda velocidad para colocarlas en mi corona. Por fin sería igual de fuerte que el sabio Imatiña.

Mi primera parada fue la cabaña de Illapa, quien al verme silbó como se silba a una mujer hermosa y me dijo: mírate muchacho, ahora te crees muy importante ¿no? Yo le dije que no tenía tiempo para sus bromas, que ya habían pasado muchos días sin ver a Sisaina, la primera estrella de la noche. Estaba impaciente por saber de ella. Me dijo Illapa, como hoy se lo digo a todos ustedes: Ya no tengo mucho que enseñarte, mi amigo. Solo entiende que hay un tiempo para cada cosa, y nuestro tiempo, este tiempo de entrenamiento que tuvimos, es muy diferente al tiempo de Wantukpunku, hoy desaparecido, y más aún diferente del tiempo del mundo de afuera, donde el tiempo se cuenta granito a granito. Ese tiempo de ustedes está invadiendo nuestra selva.

Illapa no me detuvo más, me dio un abrazo y me dijo que el mundo es peligroso, que debo tener cuidado y saber medir mis fuerzas. Yo partí entonces, subiéndome a mi jaguar, para ir a toda velocidad por la selva. Mientras avanzaba, sentí que me estaban siguiendo gracias a las plumas del tucán: me

advirtieron que había un peligro cerca. Eran los no contactados, que querían atraparme. Aunque yo iba en el jaguar, ellos se movían muy rápido. Casi igual que yo. Estaba bien asustado. Hice que el jaguar vaya más veloz y pude esquivar una flecha que se convirtió en serpiente, gracias a que el águila harpía que envió mi espíritu protector se la comió de un bocado. Avancé tan rápido que recorrí en una hora lo que me había tomado días anteriormente. Los no contactados se quedaron mirándome a lo lejos, decidieron dejar de avanzar cuando notaron algo que yo no había visto antes. Wantukpunku ya no sería nunca más la comunidad que fue en mi infancia.

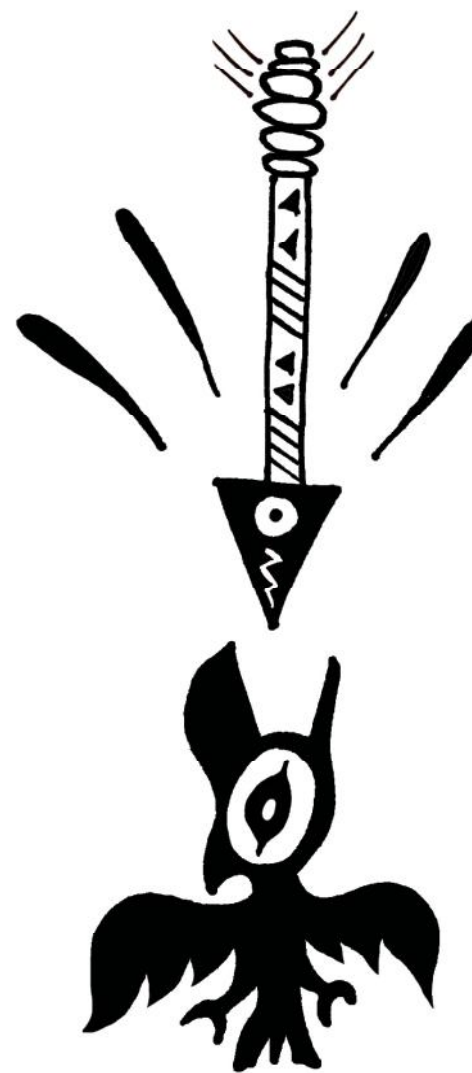
Aunque para mí habían sido solo pocos días, en realidad años habían pasado desde que yo me perdí en el camino de mi entrenamiento. Me salieron lágrimas por los ojos, amigos, cuando llegué a esa selva que yo había conocido tan bien como las arrugas de mi madre. Y aunque les digo que reconocí los árboles y los caminos, los sonidos de mi selva, todo estaba diferente. Una torre alta metálica, que escupía fuego por la boca, coronaba desde lejos lo que había sido mi comunidad. Olía como a grasa, un olor que nunca más se desprendió de nuestra tierra. Entré vestido a lo que era mi comunidad como un sabio, pero las personas que estaban allí me veían como un payaso. Los ni-

ños se burlaban de mí, las mujeres me ignoraban.

Yo preguntaba por mi familia, por mi hermano Kaje, por Sisaina. De mi familia no supieron decirme nada, pero Sisaina seguía todavía allí, en ese pueblo que ya no era pueblo, otra cosa extraña era. Sentía como perdía la fuerza mientras avanzaba por ese terreno enlodado. A pesar de todo el poder que había adquirido, no pude estar un paso delante de mis enemigos.

Al principio no logré reconocerla. Llevaba unas gafas negras y el pelo lo tenía pintado de un amarillo que no he visto a ningún guacamayo. Estaba dando órdenes a todo el mundo, y cuando me vio, me dijo sin detenerse ni un ratito a mirarme la cara: “Este disfraz está muy chillón. ¡Muchachos, ya llegó el shamán! Ahora solo traigan a las vírgenes y estamos listos para el show. Yo le quitaría varias plumas. Ahora, ¿si te acuerdas del baile no? Arriba, abajo, derecha, giro...” Aunque ese momento no entendía nada de lo que sucedía, la escena se me quedó grabada para siempre. Quise saludarla, darle un abrazo, pero solo me dio unas palmaditas y me dijo: “Del pago ya hablamos luego, tranquilo. No te olvides soplarle a esa gringa de allá, que es alta ejecutiva de la compañía”. No me reconoció, y tampoco pude conversar con ella, ahora pertenecemos a dos mundos muy diferentes. ¿Qué pasó

contigo, Sisaina mía, flor de wantuk que abre los caminos de la vida y la muerte? ¿Qué pasó con tu lengua? Yo me dije, tú no eres mi amada, ya no estás aquí conmigo. Ya no tenía nada que hacer en Wantukpunku. No mucho tiempo después, me enteré de que murió. Yo en cambio me refugié en la selva hasta que encontré un camino para que yo y mis espíritus seamos capaces de sobrevivir. Fue un trabajo duro, pero de eso ya no puedo hablarles ahora, porque esa es otra historia. Además el tiempo, contado granito a granito, por fin se nos ha acabado.



Epílogo

Cuando las historias se cuentan de boca en boca, lo importante es conservarlas en el espíritu de la gente, que las enseñanzas y el conocimiento que transmiten los mayores no se pierdan. Así ha sucedido con la historia de Tsitsanu, narrada de generación en generación al calor de las fogatas de los sáparas. Al volver a contar esta historia mi aspiración es sumarme a la tradición de narradores sáparas que conservan en su espíritu las aventuras de Tsitsanu, un homenaje a esta nacionalidad que me ha enseñado tanto. Por supuesto, lo hago desde mi propia experiencia y oficio, es decir, a través de la escritura. La narración no es contada fielmente. Aquí el propósito es abrir las autopistas citadinas a los espíritus de la selva, para que los sabios también puedan recorrerlas con la soltura con la que se deslizan por los ríos sagrados.

Guillermo Morán Cadena (Guayaquil, 1987). Escuchar y contar historias es su nicho ecológico. Periodista de oficio, ha escrito sobre guerras en los balcanes, pero también sobre cuáles son los ajíes más candentes del país. Desde hace dos años ha sido cautivado por la Amazonía ecuatoriana. En el mal llamado mundo de la ficción, esta es su ópera prima.

Diavlo Berde (Guayaquil, 1987). Ilustrador y tatuador, conocido también como Fabrikante o Paquito Mendoza. Su investigación visual fluye entre la reapropiación libre, el remix, el diseño ancestral y alienígena.

La presente edición de Aventura para emplumarse la cabeza se imprimió en el mes de enero de 2019 en Imprenta Efecto Gráfico, Quito, Ecuador. Los libros fueron encuadernados a mano por Jenny Portilla, con la colaboración de Ana Rosa Valdez y los miembros de Caja Oblonga. En total se imprimieron 50 ejemplares.